



www.loqueleo.com/es

© 2008, José María Plaza

© 2008, María Espejo

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-022-0

Depósito legal: M-37.578-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: febrero de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El juego del universo

José María Plaza

Ilustraciones de María Espejo

loqueleq

*A Ana Plaza, la primera y mejor
lectora de mis originales,
cuyas sugerencias suelo tener
siempre en cuenta...*

Un brillo en la oscuridad

No sé por qué se le ocurrió decirlo. No sé por qué. 9

Estábamos dentro de la tienda de campaña, intentando dormirnos de nuevo, cuando David asomó la cabeza por el saco y soltó:

—¿Os imagináis que hubiese extraterrestres por aquí?

—¿Qué? —suspiré sin mostrar interés, casi como diciéndole «¡cállate!».

No era el mejor momento para hacernos tales preguntas.

Tampoco, el lugar.

Habíamos acampado a la entrada de un bosque, que estaba en mitad de una montaña,



y el viento soplaba como si fuese lo único que existía.

Por suerte, la tienda aguantaba heroicamente. Belén se había empleado a fondo y

la había dejado bien sujeta al suelo. Ahora quería descansar, así que le cortó:

—¿Por qué no te callas?

—¡Extraterrestres! ¡Qué emocionante!
—añadió Cris, que es muy lista, pero tiene demasiada imaginación. Se notaba que no podía dormir—. Podríamos hablar con ellos para que nos contaran cómo es su mundo.

11

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué mundo?

—Pues el suyo. Los extraterrestres tienen que venir de alguna parte. Seguramente de una civilización más desarrollada que la nuestra. —Se quedó pensativa y continuó con sus dudas—. ¿Por qué querrán venir?

—Para conquistar la Tierra —dijo David tranquilamente y se puso a hablar de su tema favorito—. Tengo un videojuego en el que unos marcianos nos invaden y hay que atacarlos con lo que tienes a mano. ¿No te acuerdas, Álvaro?

No estaba yo para acordarme. Tenía sueño y ganas de dormir. Habíamos acampado cuando ya anocheceía y no pudimos echar un vistazo por los alrededores. Fue por culpa del hermano mayor de David.

12 El viento seguía oyéndose. También la voz de mi amigo, que no es de los que se rinden tan fácilmente e insistía:

—Álvaro, Álvaro..., ¿no te acuerdas de que jugamos un día y te gané? ¡Álvaro! ¡Ál...!

No oí nada más porque se me cerraron los ojos.

Cuando los abrí seguía siendo de noche. Encendí la linterna y vi que los demás estaban profundamente dormidos. Los miré con envidia. Consulté el reloj. Aún quedaban dos horas para el amanecer. Me acosté otra vez, pero de pronto noté algo.

—¡No puede ser! —me dije a mí mismo, y traté de escuchar con atención. Pero nada. No se oía nada. Absolutamente nada.

Eso era lo sospechoso.

Antes, el viento soplaba como si estuviésemos en lo alto de un faro y ahora el sonido había desaparecido totalmente.

13

No me pareció normal. ¿Qué estaba pasando? Nada más preguntármelo se me revolvieron las tripas y empecé a sentirme fatal. Tenía que salir urgentemente. El cuerpo me lo pedía.

—¡David! ¡David!

Como no se movía, lo zarandé y le tiré de las orejas para que reaccionara.

—¡Eh! ¡Qué pasa! —dijo sonámbulo y, al mirar alrededor, suspiró desencantado—. ¡Vaya, ahora que estaba soñando que viajábamos a la Luna!

—Necesito que me acompañes —le dije—. Tengo que... —Y me toqué la tripa.

Lo entendió al instante.

—¿Estás loco? —dijo con cara de asco—. ¿Qué quieres? ¿Que me quede sin olfato? ¡Vete bien lejos, eh!

—Vale, pero sal conmigo. Es que... —No quería decirle que no me atrevía a ir solo.

14 —Está bien, pero yo me quedo al lado de la tienda y desde aquí te ilumino.

En el exterior no había tanta oscuridad como me había imaginado. La Luna lejana iluminaba el paisaje y se podía caminar, poco a poco, sin necesidad de usar la linterna. Era una noche con demasiada calma. No se movía ni una hoja. No quedaba ni rastro de aquel viento. Era como si lo hubiésemos soñado.

Por un momento me estremecí: «¿y si aquel ruido no hubiera sido del viento?», me dije. Por las noches suceden cosas muy raras.

Pero no tuve ocasión de hacerme más preguntas.

—¡Venga! ¡Vete ya, que yo no voy a estar aquí toda la noche esperándote! —dijo David, al verme parado—. ¡Y vete más lejos, eh, por lo menos hasta los árboles del fondo!

Anduve unos cuantos pasos más y me quedé al lado de un riachuelo.

15

Desde allí se veía la sombra de la tienda de campaña y a David, jugando con su linterna.

Era tan grande el silencio de alrededor que parecía que el mundo se hubiera detenido.

Me agaché, cerré los ojos para concentrarme mejor en mi tarea y enseguida me sentí casi feliz.

—¡Qué absurdo haber pensado todo eso! —me dije tranquilamente.

Y en aquella oscuridad clara y en aquel silencio profundo sentí, de pronto, que había alguien a mis espaldas.

Alguien estaba observándome.

Giré rápidamente la cabeza, al tiempo que me puse en pie y eché a correr hacia la tienda de campaña. En un instante percibí un brillo que se apagó: el ser desapareció como si se hubiese sentido descubierto.

16 —¡Alguien está ahí! ¡Hay alguien! —dije a David en cuanto lo alcancé.

—¿Qué dices? —Y, al verme tan fuera de mí, añadió—: ¿Estás loco?

—Hay alguien, estoy seguro. Alguien nos está espiando.